

Querido Diario:

Marcela Guijosa

*¿Quién vaciará mis bolsillos?
¿Quién liquidará mis deudas?
A saber.
¿Quién pondrá fin a mi diario
al caer
la última hoja en mi calendario?*

Joan Manuel Serrat

Hace ya tres meses que se murió mi suegra. Se me han pasado rapidísimo. Fueron días tristes, los primeros, que aún ahora no se acaban de disipar. He visto frecuentemente a mis cuñadas y cuñados, y más frecuentemente todavía, a mi primer marido. Y me ha vuelto a meter en su ánimo tristísimo, en su dolor sordo, en ese estado como de estupor que les queda a los huérfanos, que nos queda a todos nosotros, aunque seamos ya tan "adultos", cuando se nos muere algunos de los padres.

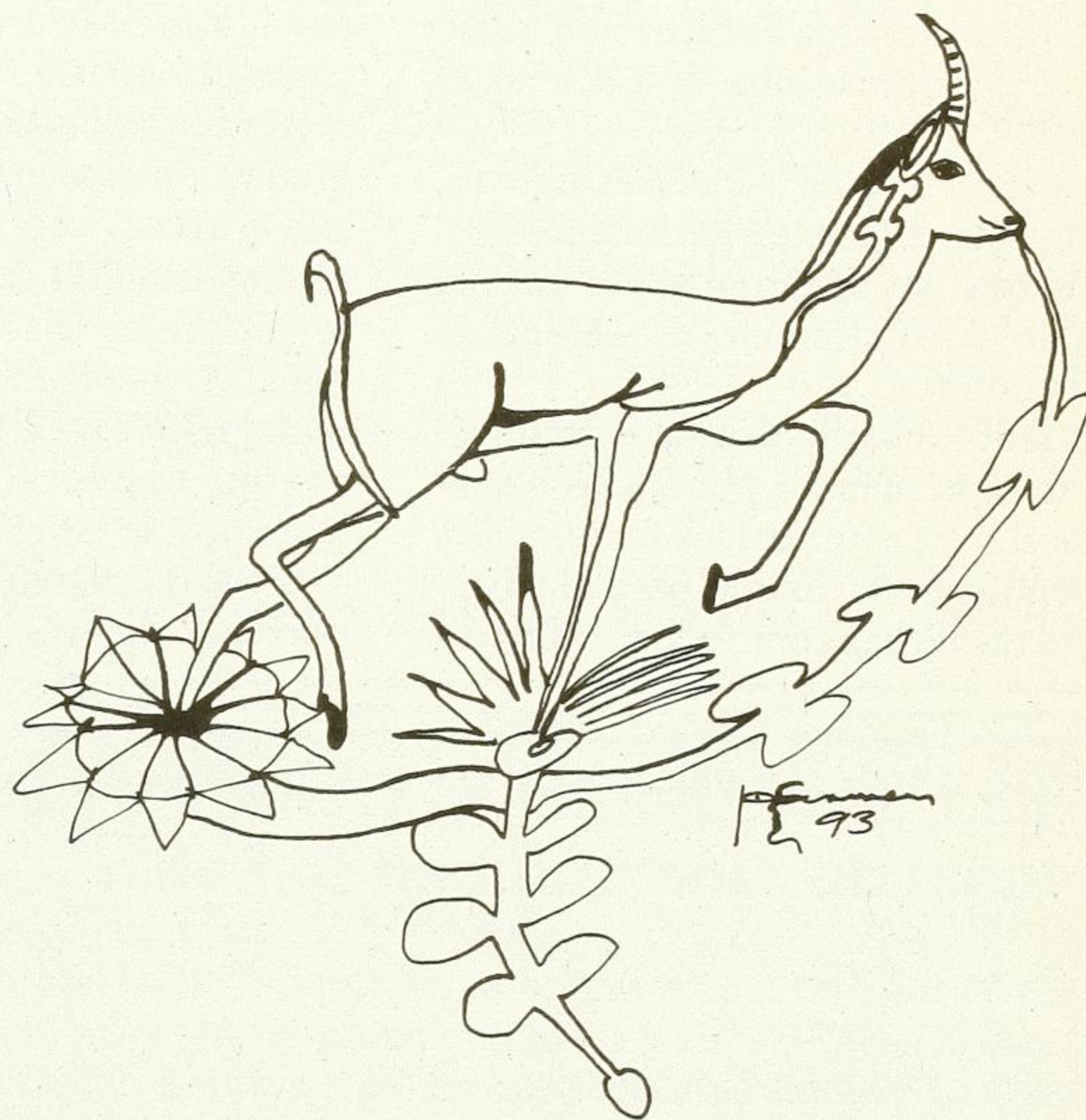
Qué curiosa la relación con los suegros: padres políticos. Yo los quise mucho a los dos. Fueron gentes muy cariñosas conmigo y, bendito sea Dios, muy respetuosos de mi vida. Aunque viviéramos separados mi marido y yo, me seguí llevando bien con toda esa familia. Son gente buena, y como sea, hemos participado de muchas cosas y nos hemos querido durante veinte años. Forman parte de mi historia, ya para siempre.

Cumpliendo con las estadísticas (parece ser que hay muchas más viudas que viudos), se murieron primero los viejos, los abuelos varones. Primero mi suegro y luego mi padre. Mi mamá vive, y está sana y girita, lúcida, independiente, alabado sea Dios, y ojalá y por muchos años.

Yo pensé que el dolor que sentí a la muerte de mi padre no tendría igual, ya nunca. Pero tiemblo al pensar lo que es perder a la madre. Yo lo vi de cerca. De cerca, pero paradójicamente, de lejos. Podía yo observar y pensar sin estar anonadada por el dolor ese de cuando se te muere alguien de tu carne. Podía yo sentir tirsteza, pero no ese desgarramiento, no ese mazazo que te aplasta...

El símbolo fundamental, eso concreto y cotidiano que me hizo darme cuenta del vacío enorme y negro de la ausencia de la madre, fue la casa. Porque la madre es la casa. Cuando se muere el padre, queda su ropa, sus libros, sus objetos personales. Pero cuando es la madre, sus objetos son todos: cada traste, cada plato, cada sábana, cada mantel, adquieren un nuevo significado.

Mi suegra, ya muy viejita, vivía sola. Solo tenía una muchachita que le hacía el quehacer y que la acompañaba. Iban



a misa, veían sus comedias, comían juntas y platicaban. El día de la muerte, la chica estaba inconsolable.

Se murió muy temprano. Al aviso de mi cuñado, fuimos llegando todos los hijos y las hijas, los yernos y las nueras. Estaba en su cama, plácida, como dormida. Se quedó ahí muchas horas, porque los trámites para sacar el acta de defunción fueron muy lentos.

Alguien -nunca supe si su hermana, o sus hijos, o la criada- cortó tres rosas del jardín y se las puso en la almohada, junto a su cabeza. Mi marido me confesó después que, durante mucho rato, tuvo la fantasía o el deseo de cortar **absolutamente todas** las rosas del jardín y ponérselas alrededor. Hubiera llenado la recámara de rosas, porque el jardín estaba resplandeciente: los veinticinco o treinta rosales estallaban de colores. Desgraciadamente, no se atrevió.

(¿Mis hijos querrán algún día cubrirme de rosas?)

Horas después, llegaron los de la funeraria, con esa camilla tan fría, que ni camilla parece, la camilla para transportar muertos. La sacaron de su cama, y luego, por última vez, la sacaron de su casa. Ese fue, para mí, el peor momento.

Y yo veía aquella casa. Y sabía que era la última vez que la vería así. El orden silencioso. Los cuadros, los muebles, las carpetitas. Las cositas del juguetero, las figuras de las repisas. Los lentes en el buró. El tic-tac del reloj. La banquetita donde ponía los pies.

A los dos días, los hermanos empezaron a quitar la casa.

Repartieron todos los muebles, todos los cuadros, todos y cada uno de los objetos que había. No tenía demasiadas cosas, pero siempre una casa es una casa. Y se acabó el orden anterior. Mientras se descolgaban los retratos y se envolvían los vasos en papel periódico, se acababa una época.

Y si es duro quitar la sala, el comedor, la lavadora, lo peor es abrir el ropero, la cajonera, los clósets. Cada rebocito, cada suéter, cada camión, están llenos de la presencia. Cada cosa, ayer común y corriente, se vuelve un objeto casi sagrado.

Todavía el viernes pasado mis cuñadas me mandaron algunas cositas de regalo, y la muerte, esa muerte, todas mis muertes, se me reviven. Recibo, agradecida, un collar de granates que ella usaba tanto, un chal, un monedero. Y un jarrón de vidrio rojo que me encantaba, y algunos objetos entrañables de aquella cocina y de aquel comedor, y hasta del baño: toallas, unos jaboncitos, una cremita, un perfumito. Cositas de recuerdo para mis hijos. Juan José se ha visto muy generoso: todo el tiempo me pregunta, "¿qué quieres?"

Las cosas, como dijera Borges, "durarán más allá de nuestro olvido; no sabrán nunca que nos hemos ido."

Y el domingo fui a casa de mi mamá. Y nomás veía sus cuadros, sus clósets, sus platos colgados en la pared. Y, como siempre, como un ritual que se ha repetido tantas veces, salimos mis hermanas y yo con sendas bolsotas llenas, porque siempre acaba regalándonos algo. "Llévate estos vasos que a mi ya ni me caben, Y estos trapos de cocina... Ten esta falda o este pantalón que ya no me queda. Llévate ya de una vez el Niño Jesús del nacimiento. Era de mi madre, pero es para ti".

Y ahí vengo con mis tiliches y mis tesoros. Llenando esta casa de cosas y cosas y más cosas, que se multiplican por las herencias en la vida o en la muerte. Mis vitrinas ya están peor que la de mi madre y peor que el juguetero de mi suegra. Los cajones están llenos a reventar; mi recámara-oficina con aleros de libros y de papeles y de revistas que ya no sé dónde poner; mis clósets con ropa que ya ni uso porque ya no soy ejecutiva ni estoy tan flaca pero que cómo voy a tirar, que tal si algún día...

Y cuadernos y cuadernos y cuadernos.

Y me acuerdo hoy tantísimo de aquella canción de Serrat, *Si la muerte pisa mi huerto: Quién abrirá mis cajones, quién leerá mis canciones con morbosos placer...*

Entonces, por supuesto, me han entrado unas ganas enormes de alzar. De ordenar mi tiradero. De acomodar mejor las cosas, de limpiar y revisar, de deshacerme de lo que no quiero. De quemar, tal vez, muchísimos cuadernos con mis diarios íntimos, poemas, pelos y señales de mi vida. ¿Soportaría que todo el mundo los leyera? Creo que no.

Pero vieras qué trabajo me cuesta. Sobre todo, las cajas y los cajones de "recuerdos". Cartas. Papelitos. Postales. Fotos. Cosas de mi papá. Dibujos de los niños. (Y los míos propios del kinder, porque mi mamá ya me dio toda una caja con mis monerías, que guardó durante cuarenta años. ¿A mis nietos les importará ver cómo escribía su abuela en primero de primaria?).

Tirar papeles. Archivar recuerdos. Acomodar vitrinas, iniciar nuevos órdenes y nuevas épocas, darle una nueva fisonomía a tu casa. A ver si mientras tanto se te arregla el desmadre de tanta pasión lastimera que traes en el corazón. Y ni modo, seguirte y seguirte preparando.



EL COLEGIO DE MÉXICO

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

Quinto Curso de Verano de Estudios de la Mujer
Convocatoria para interesados en todos los Estados de la República Mexicana

Del 1o. al 29 de julio de 1994

- El curso proporcionará un panorama introductorio que aborde elementos teórico-metódicos, así como temas específicos relacionados con la teoría del género, la identidad y la condición de la mujer.
- El PIEM otorgará una beca de inscripción a las personas elegidas por un comité de selección. Se dará prioridad a quienes trabajen en instituciones de docencia y/o investigación y a quienes participen en organismos, programas o proyectos relacionados con la problemática de la mujer.
- Los gastos de transporte, alojamiento y manutención deberán ser cubiertos por los participantes o las instituciones a las que pertenecen.

REQUISITOS

- * Tener estudios concluidos de licenciatura.
- * Presentar solicitud de inscripción a más tardar el 30 de abril de 1994.
- * Anexar fotocopias de los principales documentos probatorios.

Para mayor información y obtener la solicitud de inscripción, escribir a:

El Colegio de México
Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer
Camino al Ajusco No. 20, Col. Pedregal de Santa Teresa,
C.P. 10740, México, D.F.
Tel. 645-59-55 Exts. 3125, 3043 y 3126